

El Arte

Revista hebdomadaria.

Director: Pelayo Vizcete.

Núm. 20.

21 de Mayo de 1899.

Año I.

VERDUGUILLO

AL DÓMINE CERVATANA

Pláceme en gran modo el verme honrado con su respuesta, la cual aseguro á usted que no me habia venido á las mientes al hilvanar el triste articulejo que fué motivo de tan sabrosos *comentarios*. Y me place mucho más porque veo en usted un campeón de la justicia, un decidido y valiente sostenedor de pisoteados fueros, un hombre *mío*, como yo suelo llamar á los *globulillos* protestantes de la actual comunión artística.

Sé muy bien, amigo mio, que, si mis pobres opiniones han de inspirarse—y se inspirarán—en lo que yo crea con sinceridad verdadero y justo, habré de colocarme enfrente de no pocos soberbios, iracundos ó ignorantes á quienes hagan cosquillas mis *verduguillos*. Pero entiendo que si la voluntad es firme y la opinión sincera, no hay motivo para temer los ataques de la injusticia; pues preferible es, según mi modo de ver, sufrir tales ataques cuando á ellos va unido el aplauso de las gentes honradas, que no la oposición de éstas, aunque la acompañen las bajas adulaciones de ese enjambre de sabios domésticos que no saben otra cosa que pedir *bombos* y regodearse con ellos ante los pobres de espíritu.

Me dice usted que se le teme á la critica por la forma grosera y soez que ésta ha adoptado en los últimos tiempos: conformes; pero no podrá usted negar que haciendo tomar á la critica nuevos y razonables derroteros se tendrá confianza en ella, y adquirirá el crédito á que es merecedora y el renombre que conviene á su representación é importancia. ¡Ya vería usted entonces cómo

habría desaparecido el monstruo de afiladas uñas, largos dientes y tez negra que me cita en sus valientes comentarios!

Y haré advertir á usted que no soy redentor ni alardeo de crítico: mis opiniones son y serán muy modestas; pero creo que tendré, como usted, la valentía de pensar y escribir lo que me parezca justo. ¿Que si quiero su auxilio y su compañía? Bien venidos sean: y muy honrado me consideraré con tan vigorosa ayuda. Deme usted la mano, y, apoyado en ella, continuaré mis divagaciones literarias con mayor placer y contento; que siempre es satisfactorio no hallarse aislado en este caos de ruindades que se sobrepone á los más exquisitos sentimientos y á los impulsos más altos.

Gracias, amable *Dómine*, y manos á la obra.

Don Gil de las Calzas Verdes

Cabeza de chorlito.



Sabr  usted, lector querido,
que Ramón Bustos y Hermida
es el ser más distraído
que he visto en toda mi vida.

No debería viajar
el maldito de cocer,
pues todo lo ha de olvidar
y todo lo ha de perder.

Pero el citado señor,
por lo mismo que es así,
no encuentra goce mayor
que andar de aquí para all .

No dir  si el majadero
por ir   Ir n va   Sevilla,
ni si en lugar de sombrero
se pone una zapatilla.

Mas dejar  consignado
(si hay lector que lo soporte),
lo que   Bustos le ha pasado
cuando ha venido   la corte.

Con su defecto estupendo
vino   Madrid... no s  cuándo.
 Las cosas que fué perdiendo
conforme se fué acercando!

Perdió el mundo en Matar ,
(que era donde estaba él),
y en Zaragoza perdió
una cartera de piel.

Después de esto, al pobrecito
 qu  le iba quedando ya
que perder?  el apetito?
Pues lo perdió en Alcalá.

Una graciosa mujer
mont  luego en Torrejón,
y  claro! le hizo perder
los estribos   Ramón.

Venfa preocupado
como el que va de jornada,
y nota que se ha dejado
alguna cosa olvidada.

Ya en Vicálvaro exclam :
— Dios mío!  qu  me dej 
olvidado en Matar ?
Yo no caigo en lo que fué.

Y aún perdió más en su viaje,
pues registrando con muecas
de impaciencia el equipaje,
perdió la calma en Vallecas;
hasta que al irse   bajar
del tren repentinamente,
Ramón hubo de exclamar,
dándose un golpe en la frente:
— Carapel!  Por vida del...
Ahora es cuando caigo yo...
 La familia!  Eso es lo que
me he dejado en Matar !

Juan V rez Lu niga

El Santo.



El primer festejo extraordinario organizado este año en honra del Santo labrador ha sido un desfile de tropas.

De las tropas que van á Extremadura á extinguir la langosta.

¡Pobres labradores, obligados á poner continuamente el grito en el cielo! Y ¡pobre del Santo labrador que, por su condición civil, no dispone de las milicias celestiales necesarias para aplastar el insecto en Extremadura!

Fuera de aquel desfile, las fiestas del Santo han sido lo que fueron siempre.

Pradera á todo pasto,—aunque ya es difícil encontrar pasto en la pradera,—trenes baratos para los isidros que gustan de venir á pie, rosquillas de dos siglos há y tomadores distribuidos estratégicamente para quedarse con los pocos cuartos que hayan traído los forasteros, ahorrándoles quebraderos de cabeza.

Madrid, sin embargo, merece verse, y vive Dios que este año ha ofrecido á la consideración del forastero no pocos atractivos y novedades.

El tranvía, que ha aprendido á andar solo, será de seguro una de las sorpresas del forastero.

Aunque sobre esto de la admiración del vulgo habria mucho que hablar.

El perfecto isidro difícilmente se asombra de nada, porque casi siempre encuentra la realidad inferior á sus cálculos.

—¿Qué te parece?—le decimos frente al nuevo tranvía.—De esto sí que no hay en el pueblo.

—No, pero yo creí que era otra cosa.

—Pues ¿qué querías? ¿que bailara?

—No, señor, pero cuando menos, que andara por encima de los alambres; que andar por debajo lo hace cualquiera.

La guardia municipal montada es otro espectáculo de que no disfrutaron los isidros de años atrás.

—Y éstos, ¿son soldados ú ceviles?

—Ni una cosa ni otra; son dependientes del municipio.

—Pero el caballo, ¿pa qué lo necesitan?

—Para ir fuera del casco.

—Y entonces el casco, ¿pa qué lo quieren?

Y así, poco á poco, se gana uno el cielo, contestando al interrogatorio de nuestros huéspedes.

Vienen con la idea de que la Corte es un centro de corrupción

donde la juventud se pierde lo mismo que la fruta que viene de fuera, y donde todo el mundo vive sobre el país y cobra sin ir á la oficina; mas á los pocos días el odio se convierte en afición loca por este Madrid tan animado y tan alegre.

—¡Si yo pudiera entrar en el Ayuntamiento!—nos dicen, sacando de las alforjas el queso manchego de las seducciones.

—Tú entrarás,—contestamos;—precisamente estos días los edificios públicos están abiertos al forastero de par en par.

—Es que yo quisiera quedarme allí.

—¿Tú? Pero, ¿de qué?

—De cualquier cosa, ¡de plantilla!

No pocos isidros, en cuanto llegan á Madrid, queman las naves; es decir, venden en la Puerta del Sol el billete de vuelta.

Y es que para algunos las fiestas de Madrid han sido eso.

Llegar y besar el Santo.

Luis Royo Villanova

Miniatura.

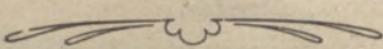


Coquetea con todos. No conmigo,
porque tengo el sistema
de no volver la espalda al enemigo
cuando la sangre la pasión me quema.

Y si de veras me enamoro, y arde
la llama que me avivas allá dentro,
el día que me salgas al encuentro
queriendo detenerme, será tarde.

Cesen, pues, tus caricias zalameras,
porque cuando con ellas me sugieras
la idea de vencer, y rompa el fuego...
¡llegaré hasta las últimas trincheras!
Y puede, niña, que nos pese luego.

Sinesio Delgado



Las indirectas del padre Cobos.



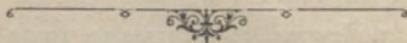
(Fábula de Hartzzenbusch.)

Célebres entre agudos y entre bobos
las indirectas son del padre Cobos;
mas como habrá, sin duda, quien aprecie
que le declare alguno lo que fueron
las tales indirectas en su especie,
trasládole el informe que me dieron.

Parece, pues, que había
en cierta población de Andalucía
un convento ejemplar, con un prelado
siervo de Dios perfecto y acabado,
que de ciencia y paciencia era un portento;
por lo cual, uno á uno,
dió en irle á visitar á su convento
sin qué ni para qué, tanto importuno,
que siempre andaba el pobre atropellado
para cumplir las reglas de su estado.
Era portero de la casa un lego
catalán ó gallego,
Cobos apellidado,
Bartolomé de nombre, alto, robusto,
De resuelto genial y un poco adusto.
Llamóle el superior, y dijo:—Mire
si puede hacer, por indirecto modo,
que esa gente comprenda
que de tanta visita me incomodo.
—Yo haré que se retire
la tal familia presto—
respondió el motilón.—Sí; ponga enmienda,
pero indirectamente, por supuesto.
—Fie, padre, en el tino de Bartolo;
para indirectas ¡oh! me pinto solo.—
Viene al día siguiente,
madrugando solícito, un molesto.
Llama: tilín, tilín...—Ave, María.—
Bartolo, sin abrir la portería,
dice al madrugador:—Hermano, trate
de ir á otro manantial que no se agote;

desde hoy ningún *pegote*
prueba de mi prior el chocolate.—
Oyendo el hombre la indirecta rara,
se fué brotando bermellón su cara.
Llega un necio en seguida,
y Cobos dice:—Excuse la venida;
mientras el cargo ejerza de portero
no entra aquí ni *gandul* ni *majadero*.—
Despedido el segundo visitante,
cata el número tres.—Coja el portante—
prorrumpe el fiero Cobos,—usiría:
no está bien entre monjas un espía.
Con una añadidura semejante,
y en tono proferido nada blando,
Bartolo á cada cual fué despachando;
y desde entonces al prior bendito
no perturbó en su celda ni un mosquito.
Contento el padre, y á la par confuso,
al lego preguntó:—¿De qué manera
con aquella familia se compuso
para que así de verme desistiera?
—Fué cosa muy sencilla,
mi querido prior,—Cobos repuso;—
cada quisque llevó su indirectilla,
y huyó de mi la incómoda cuadrilla.
—Cuénteme las discretas expresiones
cuya virtud á la razón los trajo.
—Les dije la verdad: sóis un hatajo
de tunos, de chismosos y de hambrones.
—¿A eso llama indirectas, en efecto?
—Yo nunca en ellas fui más circunspecto.
—Pues, hermano, mentiras ó verdades,
sus indirectas son atrocidades.

—
Dijo bien el prior; mas como hay entes
en grado escandaloso impertinentes,
échaseles también de buena gana
tal cual indirectilla cobosiana.



LOS RUIDOS DEL MUNDO



(CUENTO ESTRAFALARIO)

X

Todas las noches el venerable San Pedro, al cerrar la celestial portería, recoge una cajita que hay colocada en los umbrales de la Gloria; en esta caja, semejante á un fonógrafo, pero de inimitable perfección en su mecanismo, quedan «impresionados» cuantos ruidos llegan de la tierra á la mansión de los cielos.

Diligente San Pedro, presenta al Sumo Hacedor la cajita.

Y del interior de ésta brota una armonía jamás escrita en pentágrama alguno, porque ¿cómo unir el eco de atruendosas carcajadas y de llantos inacabables; el fragor de una batalla y el sonar de mil orquestas, cada una de las cuales interpreta motivos distintos, mezclándose lo alegre con lo trágico, lo vulgar con lo sublime?... ¿Cómo fundir en una sola gama millones de diálogos en los que vibran acentos amorosos ó de odio, en que viven con todas sus inflexiones la verdad, la mentira, la adulación, el desinterés, el egoísmo, el fanatismo, lo trivial? ¿Cómo aunar los gritos de la pasión, los quejidos del dolor, los suspiros de la felicidad y los ayes del infortunio? ¿Cómo juntar los ruidos del vapor hirviente que se revuelve iracundo en sinnúmero de máquinas, barcos y locomotoras y los millares de rezos y plegarias que se elevan á lo Infinito?...

¡Sólo Dios puede realizar esta maravilla!

XX

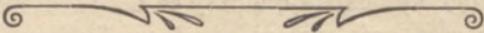
San Pedro, siempre que recoge la cajita que guarda los ruidos del mundo, se pone melancólico y baja la cabeza apesadumbrado, porque nota que un día y otro día, siempre igual, son más los ecos de los ayes y gritos de dolor, las imprecaciones de la soberbia y de la ambición, que las risas de la ventura y del contentamiento plácido; y de día en día crece el ruido de las batallas seguido de su inevitable cortejo de voces de agonía y frases de bárbaro entusiasmo por el triunfo alcanzado.

Y siempre que al abrir la portería celeste coloca en sus umbrales la maravillosa cajita, murmura el venerable portero, como una plegaria:

—El día en que no vibre en este aparato el eco de muerte que

á diario sube de la tierra, encendida de continuo en luchas sangrientas originadas por la ambición ó el fanatismo, ese día la Humanidad podrá alzar á su Dios la frente sin sonrojo... Mientras esto no suceda, los hombres irán siempre con la cabeza fija á la tierra como lobos hambrientos que rastrean una presa...

Alejandro Larrubiera



¡ Bárbaro!



(Fragmento de una comedia inédita.)

—Ya véis, padre y señor, cuánto le adora el corazón, que sólo por él late.

—Aparta, hija infeliz, no te me acerques, que puedes la peluca estropearme.

Sube á mi alcoba y tráeme las babuchas que se ha dignado remitirme Tarfe, tu prometido esposo.

—¡Padre!

—Calla,

y obedece.

—Pues bien; voy al instante.

—No vayas, ¿has oído?

—¿En qué quedamos?

—En que no subes ya; puedes sentarte.

—Me siento.

—¡No te sientes!

—Me levanto.

—¡Ira de Dios!

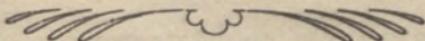
—¡Papá!

—¡No te levantes!

—(¡Qué bruto es el autor de mi existencia!)

(¡Qué cerril es, señor, aqueste ángel!)

Eduardo de Bustamante





Maripepa.

~~~~~

Como en años anteriores,  
así que pisé esa tierra  
fértil quizá como pocas,  
y como ninguna llena  
de encantos y de poesía,  
me fui á ver á Maripepa,  
que, como ya dije, es una  
moza garridíña, fresca,  
con su boca de claveles  
y sus dientes como perlas,  
y sus ojos como moras,  
y sus labios como fresas,  
y su talle como un junco,  
sus cabellos como seda,  
su mirada melancólica,  
sus blancas manos pequeñas  
como sus pies, cuyas plantas  
el suelo con ansia besa.

Suspiró al verme, inclinando  
sobre el pecho la cabeza,  
y de repente se puso  
pálida como la cera.

—¿Qué te sucede, muchacha?  
Háblame... ¿No me recuerdas?  
¿Por qué están tristes tus ojos?  
¿Por qué en tu boca risueña  
no encuentro ya la sonrisa  
que se asomaba por ella,  
y en tus ojos y en tu boca  
se dibuja, como mezcla  
de lágrimas y suspiros,  
un gesto de honda tristeza?  
¿Por qué ya, como otras veces,  
no cantas que te las pelas  
aquello de *airiños, aires,*

*airiños d'a miña terra?*

—Señor... *xa non canto mais  
porque ó cantar dáme pena  
dendes que marchou Farruco...*  
—¿Dónde marchó?

—*Foise á guerra,—*

dijo, y á sus negros ojos  
asomáronse dos perlas  
que entre sus trémulos párpados  
no pudo contener presas.

Lloró un rato, y luego dijo  
con voz apagada y trémula:

—*Ha ve, en vez de cantar... razo  
á Virxen, pra qu' eu ó vexa  
retornar cheo de saúde,  
pois que se morra non queira  
Dios, que por mais qu' á un do outro  
nos apartan tantas leguas  
de camiño, seis que drento  
do seu corazón me leva,  
y á bala que ó mate á él,  
si así ó fay á sorte negra,  
tamen mataráme á min  
si ó corazón W' atravesia:  
pro ceo non á querer  
que tal disgracia suceda  
é quede á miña filliña  
orfa, sola... ¡é tan pequena!*  
—¿Tienes una niña?...

—*¡Teño!...*

—¿Te casaste?... ¿no contestas?..  
¿qué es eso? . ¿bajas los ojos?..  
¿callas?... ¿te arrodillas?... ¿tiembles?..  
¿lloras?... Basta, no me digas  
ni una palabra más. ¡Reza!

Gonzalo Cantó

## LAS AMAPOLAS



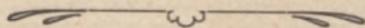
X

Cuando el hombre, inocente, disfrutaba  
de su apacible y virginal pureza,  
había en el Jardín que poseía  
unas flores muy blancas y muy bellas.  
Al aplicar un nombre  
á las cosas que Dios para él hiciera,  
—¿Cómo llamo á estas flores?—preguntó.e.  
—Llámalas AMAPOLAS—dijo Eva.

XX

Llegó un día en que el hombre, ya caído,  
llanto de sangre en su dolor vertiera,  
y en la sangre del hombre se empaparon  
esas flores tan blancas y tan bellas.  
Por eso, desde el día  
en que Adán insultara á la inocencia,  
las pobre amapolas se ven siempre  
teñidas del color de la vergüenza.

*B. Melchor Merino*



## COSITAS



Viendo en el teatro Real  
que una triple angelical  
daba besos á un anciano  
en pleno rostro, Atilano  
dijo con voz gutural:  
—Cantada, y en italiano,  
gana mucho la moral.

—

Es, á mi juicio, la mayor bobada  
llevar un *sobretudo* sobre nada.

*Angel Gaxamaño*

## ¡POR ESÓ!

— 2 —

Con una *prima donna* del Real,  
por cierto muy bonita,  
contrajo matrimonio don Pascual;  
y gozó de una dicha patriarcal,  
pues era su mujer una bendita.  
Jamás le dió un disgusto;  
mas ¡ay! que duradera  
la dicha nunca fué, y al año justo  
enfermó la infeliz de tal manera,  
que á la chita callando,  
y casi sin sentir, piano, pianito,  
lió el petate y se largó pitando  
á la ignota región de lo infinito.

Los años transcurrieron; mas un día,  
cansado de la vida solitaria  
y anhelando vivir en compañía,  
se casó, sin saber lo que se hacía,  
con una comprimaria,  
que muy lejos de ser, cual la primera,  
su dulce compañera,  
por su carácter dominante y fiero  
hace al hombre pasar las de Cain,  
y eso que el infeliz es un cordero.  
Como todo en el mundo tiene fin,  
desde entonces acá sé yo de fijo  
que cuentan los disgustos por docenas;  
y le doy la razón á aquel que dijo:  
—¡Nunca *segundas partes* fueron buenas!

Casimiro Foraster



## La jota.

Repíte, chico, esa copla,  
pues aunque me hace llorar,  
al oír la mil recuerdos  
alegres vienen y van;  
siento un placer, siento un gozo  
que no te puedo explicar,  
porque al son de ella, mi madre  
me besaba con afán;  
y al mismo son, me juraba

no olvidarme Soledad.  
Conque canta, que esas cop'as  
vigor á mi vida dan;  
y aunque en su dulce sonido  
algo hay que me hace llorar,  
siento un placer, siento un gozo  
al oír las, celestial,  
porque recuerdo á mi madre,  
y recuerdo á Soledad.

Agustín Fernández García



W. R. — La conclusión es bonita; pero el resto no puede pasar. El cuento se aprovechará.

R. G. H. — Aceptada.

Bronquitis. — 1.º No he recibido hasta ahora ninguna composición seria de usted. La cueva se aceptó. 2.º Los otros seis se publicarán, y de ello tiene usted prueba en este número. 3.º No va usted descaminado, y es realmente una lástima; pero hoy por hoy no podemos hacer otra cosa: muy pronto será lo que usted piensa. 5.º Satisfaré el deseo de usted respecto á la suscripción.

M. S. de las M. — Los finales de las octavillas tercera, cuarta y quinta son los que no me gustan: son muy forzados. La segunda es preciosa. ¿Quiere usted modificar esos finales?

E. R. A. — He visto un cuento; pero no me agrada. Envíeme alguna otra cosa.

El General Berrinche. — Si quiere enviarlo más reducido se publicará.

J. R. V. — Los asuntos, los pícaros asuntos, son los que no elige usted bien. Además, son muy extensos sus trabajos.

F. P. — Aprovecho un cantar.

R. S. de C. — Tendrá usted que reformar la cuarteta segunda, y hacer que no asonante la cuarta con la tercera.

M. B. C. — Me gusta; pero los versos cuarto y octavo de las estrofas tienen que asonantar, por lo menos.

E. P. V. de V. — Puede V. enviar lo que guste. Y aquí tiene mi mano de amigo.

## Importante.

En las notas correspondientes al retrato de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, apareció una errata lamentable: se dijo *Antropología de poetas líricos*, y nuestros lectores ya habrán supuesto que se trata de *Antología* y no de lo que constituiría un imperdonable disparate.